

EMANCIPACION DE LOS PAISES SUBDESARROLLADOS, CONCIENCIA Y CRITICA SOCIAL

Carlos Alberto Solera Rojas

La emancipación de los países subdesarrollados —o, lo que es lo mismo, la toma en sus propias manos de su destino histórico— tropieza, en los actuales momentos, con dificultades poderosas. El mayor obstáculo proviene, quizás, no de la dominación económica —ya de por sí su valladar enorme— que ejercen los países altamente industrializados sobre aquellos pueblos, sino de lo que ha llamado la “dominación cultural”. Esta sui generis clase de dominación —junto con la dominación económica— se dirige, primeramente, a las clases privilegiadas de los países periféricos, que se convierten en una prolongación de las culturas preponderantes. Por medio de estas clases sociales, este sometimiento se extiende, luego, al resto de la población. Las minorías selectas cumplen, de este modo, papeles paradójicos: de dominados, pero también dominadores de los restantes estamentos de la sociedad. Las grandes mayorías resultan, por otra parte, doblemente sojuzgadas: por acción de aquellas elites y por parte de los países desarrollados. El dominador deja así su impronta en el alma de los pueblos subyugados.

Ahora bien, es oportuno precisar lo que denota el concepto de "dominación cultural". Entendemos por tal la imposición de ideologías de diverso carácter (económico, político, religioso, etc.), pautas de comportamiento y de consumo, formas de pensamiento, valores, etc., por parte de los países de gran poder económico sobre otros de escasa productividad.

Hemos dicho, por otro lado, que esta "dominación cultural" es, quizás, el más grande obstáculo para la emancipación de los pueblos subdesarrollados, pues la imposición de todas esas condiciones señaladas en el párrafo anterior, impide a las sociedades subdesarrolladas tomar conciencia —primer paso, absolutamente necesario, para superar ese estado— de su situación de sometidas. Tan fuerte es ese obstáculo, que más bien se asume una actitud de no reconocimiento de la realidad. Así vemos que existen corrientes de pensamiento sustentadas por sectores importantes de nuestras sociedades, que niegan la condición de dependencia —en varias esferas del quehacer humano— en que se encuentran los pueblos subdesarrollados —en particular, América Latina—, en relación con aquellos económicamente poderosos. De igual manera, tampoco aceptan, al parecer, la larga historia de explotación a que han sido forzados los países de la periferia por parte de los grandes centros metropolitanos, producto de su inveterada dominación.

Definido lo anterior, es sensato preguntarse: ¿Por qué esa "dominación cultural" provoca en amplios grupos humanos de nuestros países periféricos, la incapacidad para percibir esos fenómenos de sometimiento y abuso? O bien, hecha la pregunta de manera más cabal: ¿Por qué vastas agrupaciones sociales que son dominadas y explotadas permiten semejante atropello a su dignidad, y hasta niegan que tales cosas se den? (Conviene subrayar que dentro de esos extensos conglomerados humanos se hallan las clases privilegiadas que, por los enormes beneficios económicos que comparten con los países desarrollados, no tienen especial interés en tomar conciencia de los fenómenos a que aludimos. Lo anterior, por cuanto, aunque son dominadas, según ya vimos, actúan, al mismo

tiempo, como dominadoras y usufructuarias de la mayor parte de las rentas nacionales). La razón fundamental estriba, a mi juicio, en la aparición y el enraizamiento de una tendencia emocional profundamente arraigada en el espíritu humano. Me refiero a un mecanismo de defensa que se conoce en psicología con el nombre de "resistencia". Este concepto —de mucho valor en la práctica clínica psicoanalítica— es también útil para explicar fenómenos de naturaleza social, como el caso que nos ocupa. Las "resistencias" son obstáculos de carácter emocional descubiertos de uno mismo, así como la comprensión de la sociedad en que se vive. La doctora Socorro Rodríguez —en el volumen 5° ("El Aparato Psíquico") de su obra Salud Mental del Niño de cero a doce años— describe la "resistencia" en los términos siguientes: "En psicoterapia, se habla de resistencia cuando inconscientemente surge la oposición al descubrimiento de lo inconsciente, al cambio o al abandono de los síntomas".

Para que se tenga una idea del formidable vigor psíquico que tiene la "resistencia", observemos lo que sucede cuando una persona, por motivos de salud, se somete a un tratamiento psicoanalítico. La primera reacción, muy posiblemente, es aferrarse con energía al viejo estado de cosas —el *statu quo*—. Siente que no deben tocarse muchos de sus sentimientos, así como algunos de sus hábitos y costumbres. No desea tomar ciertas decisiones dolorosas, como abandonar su relación con un individuo determinado o cortar vínculos incestuosos que, sin percatarse, le causan daño. No quiere, tampoco, abandonar su fijación a la tierra y al pasado. (En tal grado es afectivo esto, que solamente la lucha tenaz y sostenida del paciente contra sus "resistencias" puede permitirle alcanzar las metas deseadas).

La descripción contenida en el párrafo precedente, hecha en forma muy esquemática, de reacciones y estados de ánimo de personas que se someten al psicoanálisis, nos permite forjarnos una somera idea de las grandes dificultades que ellas enfrentan a causa de las "resistencias" que oponen sus mentes, cuando pretenden modificar en alguna medida importante ciertas facetas de su personalidad.

Pues bien, parecida fuerza poseen las “resistencias” con que tienen que vérselas los individuos cuando tratan de entender la sociedad en que viven; se convierten así tales “resistencias”, en impedimentos generalmente insalvables —por ser mecanismos inconscientes—. Esa es, entonces una de las razones más poderosas por la cual la gran mayoría de los miembros de una sociedad son incapaces de hacer un análisis y una crítica radical —esto es, ir a las raíces— precisamente de esa sociedad en que les ha tocado vivir.

La “derecha”—personificada en la actualidad por el movimiento neoliberal, que propugna el retorno— a prácticas económicas decimonónicas— es la posición política, social y económica en donde pueden encontrarse, en mayor grado, muestras de esas “resistencias”. Los representantes de esta inclinación —mantenedores del *status quo*— ofrecen un feroz antagonismo a todo aquello que signifique una transformación sustancial del modo actual de producción —el capitalismo industrial—. El mercado, la “libre” competencia, el afán de lucro y el egoísmo son, para ellos ídolos intocables, entelequias que simbolizan el alfa y la omega, el principio y el fin.

Finalmente, de acuerdo con lo analizado hasta aquí, diremos que para lograr su emancipación, los pueblos subdesarrollados requieren, como condición *sine qua non*, la capacidad de percibir, con plena conciencia histórica, su estado de sociedades subyugadas y expoliadas. (Esta es la misma toma de conciencia que han debido hacer las minorías y etnias históricamente avasalladas: los negros, los indios, los homosexuales —especial mención merece aquí la mujer, como género humano largamente sojuzgado—. Es solo a partir de esta toma de conciencia como esos grupos humanos han sido capaces de luchar por la conquista de sus derechos, sendero difícil y espinoso en el que aún se encuentran, pero que constituye su principal vía de liberación). A partir de ahí, entonces, y ya enteramente conscientes de su situación, los pueblos subdesarrollados luchando unidos para romper las cadenas imperiales, serán capaces de liberarse del dominio a que históricamente han estado sometidos por los países con

alta industrialización. De este modo, estarán en condiciones de forjarse un destino mejor, al cual deben aspirar todos los pueblos de la tierra.

